



Colibrije

Balam Rodrigo obtuvo, con este libro, el Premio Nacional de Poesía a Obra Inédita “José Emilio Pacheco”, convocado por el Ayuntamiento de Tlalnepantla de Baz, a través del Instituto Municipal de la Cultura y las Artes, en 2016. El jurado estuvo integrado por Sergio García, Thelma Morales y Francisco Navarro.

COLECCIÓN LETRAS



poesía

BALAM RODRIGO

Colibrije



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



H. AYUNTAMIENTO
CONSTITUCIONAL
DE TLALNEPANTLA DE BAZ
2016 - 2018

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Aurora Denisse Ugalde Alegría
Presidenta Municipal

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

Alejandro Méndez Gutiérrez
Secretario del H. Ayuntamiento

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Colibríje

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Ayuntamiento de Tlalnepantla de Baz
Plaza Cívica Dr. Gustavo Baz Prada
Vallarta, colonia Centro, C.P. 54000,
Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

© Balam Rodrigo Pérez Hernández

ISBN: 978-607-495-593-4

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/37/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción, por cualquier medio, total o parcial, directa o indirecta del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los autores y coeditores, en terminos de la ley federal del derecho de autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones correspondientes.

A Itzel, Yari y Víctor Kaleb

Nota del autor

Con excepción de la primera parte de este libro, que fue escrita en 2011, todos los poemas de Colibríje fueron escritos entre 2006 y 2008, y pertenecen al periodo de escritura de otros libros míos como Cuatro murmullos y un relincho en los llanos del silencio y Iceberg negro.

No las puedo pensar con estos ojos sin transformarme en bestiario invisible, sin trocarme por ellas y abdicar. [...] Y así mis bestias brillan, ¿para quién?, ¿para qué?, mientras absorben lentas sus brebajes, solemnes, taciturnas, tenebrosas, con ropones de obispo, de verdugo, de murciélago azul o de peñasco que de pronto se convierte en molusco o en un tenso tambor.

OLGA OROZCO. *Museo salvaje*

Octavio Paz silba silencio sobre una página
en blanco mientras la música de nueve
floripondios alumbró su jardín en Coyoacán

[...] los floripondios y sus lámparas blancas.

OCTAVIO PAZ

Nombre científico: *Datura candida* / *Brugmansia arborea*.

Nombres populares: Floripondio, florifundio, trompetilla,
trompeta del diablo, vuéveteloco, toloache, tecomaxóchitl.

I

A orillas del río, suenan campanas blancas. Nadie escucha el sonido porque ya nadie sueña, y cegado por sí mismo, no lo recuerda. Dime: ¿cómo era tu espalda ayer? Nadie escucha el blanco sonido de campanas porque ya nadie escucha el silencio. Nadie, solamente Dios. Y el silencio —sonido y voz de Dios— huele profundamente a noche, a mujer recién amada. A floripondio. *Vuélvete loco*, corazón, si hueles las campanas de Dios, si escuchas un rumor de trompetas que sube desde las aguas del río. Corazón, por eso corres transparente y loco: a ti te dieron toloache cuando eras niño.

II

Los floripondios son trompetas de nieve, cornos de leche que silban música lunar, color de hueso, para levantar a los vivos de su letargo de pájaros muertos, del mortal aburrimiento. Los floripondios son los blancos gramófonos de Dios que vuelan en parvada por los sueños y graznan dulcemente una música sólo escuchada por ángeles que fuman yerbas de luz en los jardines olvidados, y por aquellas infantas locas que toman un largo trago de charanda bajo la luna al amanecer.

III

Un ángel toca, en un floripondio blanco, música terrestre, culinaria. Toca siempre por la mañana, al alba, también blanca. De las notas de su nívea tonada brotan las nubes, la espuma del mar y el atole de leche. Otro ángel toca, en un floripondio rosa, casi cobrizo, música sanguínea, crepuscular. Toca siempre al atardecer, cuando el sol cae degollado por el filoso rosetón del horizonte, detrás de los cerros. De las notas de su rosácea tonada brotan el corazón, las lunas de octubre, la vulva de las núbiles y los labios colorados de una mulata que conocí en sueños. Un tercer ángel toca, en un floripondio verde —puesto que aún es capullo, de párvulos pétalos—, música de bosques, profundamente cetrina, glauca. De las notas de su clorofílica tonada brota el color vidrio de las esmeraldas, la sangre verdosa del ópalo y los pezones de las sirenas, que saben a barbasco, aguamiel y yerbabuena.

IV

Dicen del floripondio que es *trompeta del diablo*, *florifundio*. Pero todos lo sabemos: esas son injurias, vanos yerros, infundios. Porque esta flor no es vil trompeta: es *toloache*, *tecomaxóchitl*, campana de Dios, celestial aerófono, bendito y dulce corno. Y es Dios quien tañe los amarillos badajos del floripondio: de día, para apagar el sol; de noche, para encender la carne; de siempre, para escribir los sueños con grafitos de luz: ya en el agua, ya en el aire.

V

A orillas de tu sombra, un niño huele un floripondio y sueña que escribe poesía. A orillas de tu sangre, un ángel huele un floripondio y se ahoga en el agua de brújula de tus ojos. A orillas de tu espalda, el ángel y el niño me dieron a oler un ramo de floripondios —rebaño de campanas blancas— y escribo una pieza de silencio sobre tus alas. A orillas de tu cabello, un niño huele poesía: te sueña. Luego despierta y recoge los pedazos de tu sombra regados como espigas de trigo en estas páginas.

VI

No tienen pechos las mujeres: tienen campanas de luz que alumbran la risa de los ciegos, badajos de carne musical donde se escucha el jadeo del mar en noches de luna hiena. No tienen pechos las mujeres: llevan dos floripondios areolados que gotean un blanco y limpio mezcal que entoloacha con su sed al corazón hasta que yace en tus manos, completamente ebrio, inmóvil. Como un ángel ahogado.

VII

Un ángel fuma tu lengua enrollada y hace sonar cuernos de unicornio como si tocara un sax bajo la nieve: ejecuta una canción de jazz para los tristes. Y pensar que aquella música inaudita podría ser el mismísimo y dulce relincho de un rebaño de icebergs que migra hacia el invierno. Pero sólo es el viento. El mismo viento que agita la salvaje crin del corazón de los locos: ebria manada de floripondios que cabalga desbocada frente a tus ojos.

VIII

Para escuchar el mar, un floripondio. Para leer las letras del silencio que aúllan por la noche, un floripondio. Para soñar los ojos de los ángeles que silban en la niebla, un floripondio. Para sellar los labios de las infantas muertas, un floripondio. Para encender la sangre que corre por tus pechos, un floripondio. Para tatuar en el agua el trino del petirrojo, un floripondio. Para degollar el miedo y la muerte, un floripondio. Siete floripondios y su lámpara lunar para nombrar tu desnudez bajo las sábanas.

IX

Al centro del poema reza el poeta su música de vidrio con lenguas de nieve, escarcha versos con sílabas y acentos invisibles, enhebra silabarios de tristeza y párrafos de invierno. Pero hay veces la poesía se esconde como un iceberg de hueso varado en los renglones, como un niño de sal dormido en las esquinas de la hoja; otras, se oculta en el poema como un ángel de tinta agazapado en las orillas de la página, esperando saltar y murmurar al corazón de quien escribe, la sola y narcótica palabra que lo envenene con el blanco silencio del floripondio.

José Emilio Pacheco deambula por las calles
de la antigua Tenochtitlán hasta encontrarse
con una manada de jacarandas, el fantasma
de Juan Rulfo y un ramo de leones
en el metro Etiopía

¿Qué se hicieron
tantos jardines, las embarcaciones
y los bosques, las flores, los prados?
Los mataron
para alzar su palacio los ladrones.
¿Qué se hicieron los lagos, los canales
de la ciudad, sus ondas y rumores?

JOSÉ EMILIO PACHECO

I (*Jacaranda mimosifolia*)

Camino por la calle Luis G. Inclán y me detengo justo frente a la
antigua casa del Centro Mexicano de Escritores. Busco los pasos de
Rulfo, sus varios fantasmas de alquitrán.

Ramos de puños cerrados abren los dedos en corolas para recibir
el agua leve, lila, de la luz. Florecen las jacarandas con su lengua
violácea, labios que abren y cierran su perfume a la concupiscen-
cia de los ojos, al murmullo abierto de los colibríes cuya música de
alas suena como un mazo de cartas barajado por Dios y lanzado al
mantel del cielo a la velocidad de la sangre.

La hipodérmica aguja de los picos desvirga los pétalos, perfumados muslos de una muchacha que, sentada frente al mar, abre las piernas esperando la seminal espuma de las aguas.

Yazgo bajo el relámpago negro de los árboles de jacaranda y sus ramas se estiran para tectar el cielo con sus flores, rematadas por la encendida hoguera de sus cornos violetas.

El sol cae sobre los techos de las casas en Villa de Cortés y en este hogar, justo detrás de la sucia gasa de las cortinas, un fantasma de tabaco fuma una flor de jacaranda.

Las flores abren sus corolas y su polen hacia el cielo, y el viento decapita sus cárdenas lenguas sobre el asfalto.

En la solapa de la camisa de sombras de Juan Rulfo crece un ramo de colibríes, una flor de jacaranda.

II (*Panthera leo fossilis*)

El metro es una jaula llena de langostas vestidas con trajes grises. Millares de ojos empollan la misma herida: adentro nacen el infierno y sus dolores sin gemido alguno.

Al fondo del vagón en el que viajo, un ángel tuerto dibuja cuervos en el aire, pero su mano brinca en cada trazo: no termina de cifrar el árbol de carroñas y los cuervos devoran nuestros ojos.

Sudores y susurros que la lengua delata: ayer llovían gusanos en mi cama; un paraguas hecho con huesos de pájaro me cubrían del tiempo y el silencio; febriles agujas de oro que me larvan.

Años habrán de pasar para que se me quite este negro y silente olor a lodo, este batir del humo en las entrañas.

Pasan sin vida las estaciones; desciendo el cuerpo a las dunas de Etiopía, cuyo tránsito me agobia y ensordece con el ahogado bullir de perros y leones. En las columnas de púrpura cantera me acerco

a los salobres pechos del sol: bebo allí la risa y el insomne oro de la luz.

Descendí porque había un mudo en el asiento contiguo: escuché de su respiro que le cortaron la lengua para callar de su pecho el mismísimo silencio que de pronto *hablaba* y le *decía*: ahora recuerdo, mi lengua está clavada en la pared, su cal no hará rumores ni ruidos que repten al caer.

Dejo de respirar para no morir y evaporarme, para que el agua de la muerte no me ahogue y me llegue sólo hasta las rodillas.

Un muro de lenguaje nos arropa: aramos este libro con los ojos mientras viajamos de estación en estación, de cuerpo en cuerpo. La pluma es el arado que trabaja en el papel, la que talla inmensos surcos, los huecos donde eyaculo mi semen escritura.

Ya en el interior del libro crecerán otras mazorcas: sembramos, desgranamos el ábaco de Dios, nos desnudamos de lenguajes: ha de llover, ha de frutecer nuestra palabra.

Abandono Etiopía y vuelvo a la inercia de los trenes: se apagan las luces del vagón en el que bogo y un leve rumor de costa nos abruma. La luz del faro nos descubre y corta nuestros dedos. Polillas con uñas vuelan alrededor de la luz: la boca hinchada se nos cae; desvelamos su líquido misterio.

Cierro el libro y regreso a Etiopía: maduro allí la garganta en el espejo y las columnas del silencio. Dicen que el tiempo nos grita sin palabras y escupimos su fruto precoz en soledad. Cierto, morimos, pero aquí no sirve el llanto: todos abandonamos el *metro* de la existencia y cerramos los ojos para ver de cerca el tedio.

Allá viene el destino con el rabo metido entre las vidas: sombra herida de lumbre, felina voz que camina por los rieles: su melena y el olor de su violencia nos hostigan: muerte es la boca de un león de arena cuyo rugido sigue descifrándonos la miseria y el horror hacia la nuestra y perra vida.

Epístolas de mal amor y prosas de arena
de Gilberto Owen para tañer el mudo corazón
de Clementina Otero, su infanta de acíbar

La miro perderse, nacida de mi mano, por un
paisaje urbano que mis ojos sacuden para
limpiarlo de nubes o del polvo. Dura, sale del
día, pero ya no del todo blanca.

GILBERTO OWEN. *Muero de sin usted*

I

Ahora mismo, mientras escucho la música y el trino de las piedras,
las flores me miran desde el jade en que las puse y se me antoja
libar cielo en esos pétalos que han caído desde los solos y yertos
jacarandos, cual dardos en mis ojos —oscuras lunas de acíbar—,
para espetarlos con las tinieblas del ensueño.

Escucho en esta hora un mar de ardidas violas mientras me vence
la noche y su negra lengua repasa mis párpados pidiendo busque
un tálamo benigno donde pueda gustar la tibia sangre de los ánge-
les, el muerto sueño:

No soñé con usted, lo juro. Sólo ensoñé un altar lluvioso y un cam-
panario que tocaba las horas del silencio, el llamado sin fin a la
oscurana. Y muy junto a la sangre y a las fraguas, un racimo de
uvas no niñas ni tocadas —sin duda, sus ojos, lascas de ángel y
de llama—. Y en esa ardida estancia crecía en mis pies la hiedra,

llenándolo todo con sus ramas —no más que su cabello, apretando mi corazón y su manzana.

No soñé con usted, lo juro. Sólo el vaso maduro de su olor que —a un vasto golpe de guitarras— embriagaba las horas y las sombras roídas por la luz, las madrugadas; y también sus manos, alas sin pájaro cruzando la inmóvil frontera del silencio: trago de luna que devoran las campanas. Y sí, su risa, su clara risa en el oficio núbil de tejer la niebla, la yerta y noble niebla que devora mi lengua y la tristeza yugular de las mañanas.

II

Até aurigas y caracolas de sangre a la imagen suya que más amo: la que llevo siempre y cargo a cuestras sobre las vértebras, bajo los párpados, la que yace hundida en mi vientre y clavada en estas manos.

Ondean en el cielo labios suyos igual que banderas de un ejército de noches y arcángeles sin miedo, azules y preñados de asfódelos y abalorios de fuego y viento nuevo.

Cicatriza ya la herida que la noche escribe en los dominios de mi corazón, donde usted vaga lila y desnuda, nacida nuevamente para mí, asaeteada por el verbo y el dolor, salmodiada y bautizada en maga soledad, ebria y felina.

Por eso camina usted con esa gatez y esa jacarandía propia de quienes vuelan sobre los abismos de la luz y repiten hondamente las palabras susurradas a su vientre por pájaros de fuego desterrados al deseo.

Y así, mordida por los efluvios de un mar boreal en el sexo y las axilas, cae su alma y su cuerpo en piras de agua núbil, en ardidas balanzas y en púrpuras bocas, molida por la espuma de mi lengua donde su piel resuella ángeles como la primera y última vez, tan infinita y dócil que la arquería y la lluvia de mis manos bien sabrán que su perdida y antigua humedad habrá de resucitar desde la muerta y apagada llama que la enjaula en soledades y yermos donde más ya no respira.

Piedras y árboles migran hacia el sur buscando su espalda para escribir en cada uno de sus poros los sortilegios que conjuran y tactan una música de gatos y violines, una música de querubes niños y hacedores de sueños para que sea su tristeza tan volátil como el humo de los barcos que zarpan sin lunas al amanecer, y así, vencida sea la muerte por la hondísima pureza de sus pechos —desplumados petirrojos— donde el deseo encuentra su más cierto refugio, su más ansiado imperio y su silencio: su patria nómada.

Númenes de luz y jardines olvidados corren por mi rostro, que es el suyo.

Derrotado por su olor y por sus ojos, vago solitario sobre las hogueras del amanecer, náufrago de un cielo que me niega en el delirio, náufrago de un aire que es más duro sin sus manos y que me ahoga en un álgido mistral que tatúa esta noche con el luto que

respiro, porque más no oficia ya su cuerpo en esta médula, ni en el abandonado templo de mis huesos:

Un puño de arena y ascuas de música tañen mi corazón con sus palabras.

III

Aquí hondamente le extraño en el insomnio y en estas manos llenas de polvo y de memorias.

Resuelto ya y sueltos los negros nudos del alma y del yerto corazón entenebrado, zarpo entre ocasos y pájaros de niebla desde el filosófico brillo de sus ojos, heridos de mar y de infinitos:

Le extraño, y es hondo este respiro y la lemnbranza glacial de un aire y una luna mordidos por su olor.

Dejaré tensos los huesos y los labios, aniquilados ya por campanas y pájaros de acíbar, aniquilados por un aire que mora entre arcángeles y oscuros gatos acerados.

Le extraño, y es honda la prisión de luz y la agonía matinal que le sostiene.

Y honda es la flor de luz aniquilada y cóncava que resucita cada lluvia entre sus muslos:

Le extraño, y amargo es el mordido pan de luto comprado a los amantes y a los días perdidos.

Y ya perdidos, vagamos al igual que solos ángeles vencidos, monedas ya sin rostro en el umbral de la memoria: eternos mendicantes que hurgan crepúsculos buscando un puñado de azahares y de uvas, un tibio muñón de aire.

Le extraño, y es hondo ahogarse en esta negra soledad entre jardines de niebla y florestas de sangre.

IV

Ah, nada más falso que las impuras monedas con que los mercaderes del ocio y la medianía pagan por nuestros más profundos sueños, por los sueños de la infancia, por la memoria nuestra que se pierde y escapa en esquirlas de oro pútrido, lleno de quietud, más no de paz.

Ayer soñé una estancia de mármol donde su olor ceñía mis brazos y me guiaba a través de puertas sin destino, a través de laberintos donde todas las ventanas daban al agua, al mar:

Un zurdo mar violáceo lleno de gaviotas y albatros errabundos que seguían la ruta de los sueños y los marinos perdidos.

Luna enemiga nos aluza en esta hora en que navego hacia la torda oscuridad.

Pero sé que al final de la noche descenderé todas las veces, y al inicio del día moriré sin sol, ciego de esta misma ceguera, hecho

una gota de tinta que escribe la misma canción de sal sobre la lengua y las amarras del mar, imberbe, desnudo, turbia y hondamente peregrino.

V

Vagábamos cual astros serenando la lengua en el ático viento del crepúsculo que escanciaba dardos ácidos y esquiras de luz sobre la carne más mortal de nuestros labios.

Cruzábamos nuestras lenguas con páginas de contentura, apenumbra-
dos y dolidos contra el cielo porque llama eléctrica no había, y
la tarde agonizaba y recogía su deslavado lienzo borrando pájaros
de óleo en herrumbrados horizontes.

Nos llegó así la noche y partimos a su orilla cobijados por la som-
bra, porque el mundo es breve cuando uno camina sin más sen-
dero que la voz y la respiración del otro, y porque más vasta es la
piel que todos los destinos y todas las patrias, y la insólita frontera
del cielo es sólo un atisbo comparado con la inmensa muchedum-
bre de quienes son el mismo dolor acuchillado y vencido.

He pasado el alma y el corazón en vela: y lo he pasado escribiendo
las sílabas más negras de éste, su libro.

VI

Asidos de la mano en el quicio del silencio, nuestras bocas asaeteaban el aire y la respiración del otro, nuestra aluzada e innombrada lengua:

Sí, nos desquiciamos de luz hasta que el tiempo nos partió la memoria y pagamos la cuenta mientras nos apagábamos y volvíamos a morir de a poco.

Descendí con la sombra y el corazón hechos pedazos en su cuerpo: ojalá soñase los maduros ojos de la muerte y despertase limpio de su verbo como un ángel desterrado que bebe olvido entre antorchas de lúpulo, entre lunas ahogadas en la lluvia y la quietud, porque ansío ya sólo ser escrito con sílabas de fuego en el silencio.

VII

No merezco amarla. No sueño ya que me ame.
La adoro. Mi vida está llena de usted. Estoy a
punto de llorar y me indigna que eso me la
hará más imposible.

GILBERTO OWEN. *Muero de sin usted*

El hacha del olvido menguó mi corazón desde hace tiempo y lo
dejó vacío y desazulado, arrugada cicatriz a la orilla de un camino
viejo y sombrío.

Quise resucitarlo a fuerza de miedo y de recuerdos, de amor y de
locura, pero la vida es más templada y más valiente que la fuerza
que tañe mis manos.

Aplastado como una uva escanciada en lánguidos vasos de vino,
he puesto a fermentar mi corazón bajo el sexo del alba para luego
arrancar el licor de mi sangre y dárselo a beber a la imagen suya
hasta embriagar mi alma con sus ojos, que son mi patria ensoñada.

Duro fue saberme zurdo cero, copulador del aire y tañedor del hielo. Apenas la palabra de sus cartas me sostenía con una leve pero ácida luz. Caí, toqué cenizas, y duro fue saber la soledad. Dios me sostuvo por enésima vez frente a *Su* rostro. Y aún sin usted me he levantado, ebrio de lenguas, lloroso como un niño enlutado.

Y hallé en el pozo de la luz un pájaro cuyo canto es el treno que deleita dulcemente al reino enemigo de la tristeza.

Hacedora de sueños y pájaros de polvo, esta lengua mía una y otra vez murmura al viento su nombre, su olor lleno de flores de abril y oceanidad.

Un relincho de marismas recorre el aire mío cuando le pienso montada en la niebla como una yegua indomable que pasta hierbas verdísimas, porque su lengua vuelve a nombrar el invicto salmo del dolor.

¡Ay, esta hondura en mí que no me deja pensar sino en música de violas!

¡Ay, este cuerpo suyo que no vive sino musicándole trinos y melodías alebrijadas en cada nubecer!

VIII

No sé por cuánto tiempo más he de tañer mi lengua y sus cuerditas, pero bien sabe usted que yo no dejaré de serle hasta que el corazón detenga su relojería y yazga el aire mío a la par de los escombros de la muerte.

Pero esta hora no es sino mortal desasosiego, llaga indecible que me orilla a sitios llenos de cardos que atraviesan el libro de mis párpados, allí donde eyaculo y espeto médulas de una voz que no conozco y que me llama con los nombres que no tengo, como una horda de tordos y langostas que no buscan mi carne sino destrozar mi lengua, la misma insomne lengua del vacío.

Caen falanges y uñas desterradas desde esquinas y calles alumbradas con teas de orina que relumbran con una luz más fétida que las sombras muertas; y allí, ovillado entre las tumbas que vagan sin dueño, me arrastro y me descarno una y otra vez, desnombrándome, porque no me reconozco más, porque no soy ya el que reflejan los charcos de mi sangre: agua negra que bebe un perro filicida.

¡Ah, qué negras son las nubes que llueven toda la noche sobre los despojos de mi cuerpo!

¡Ah, qué infame verdad ésta de desearle más allá del deseo —goteante— de no poder serle más que un puñado de lenguaje que no es sino sed de la sed, porque le escribo en esta hoja con el muñón de mi agonía!

Estío y canícula muerden el aire en esta hora encinta por su piel, agua de abril para quien muere de luto, agua de aljibes para quien muere con voz de pájaros cielo adentro, muy dentro del dolor.

Agonías y sed de lunas asaltan a mi alma en esta hora.

Apenas polvo y desiertos circulan por mi zurda yugular, desatándose y anudándose una y otra vez a la más reseca sombra, agria y vacía hasta de la forma de mí.

Una parvada de perros carcome mi cuerpo desde el vientre hasta las vértebras, acera mis dientes y mis labios en lascas de sangre que doy en migajas a los cuervos del silencio, a las bestias erguidas en el juicio de la muerte, porque es insoportable saber que vuelve usted untada de agualluvias en el sitio más lejano de mis horas.

Perdone mi llenar sus limpios ojos con estos resquebrajos de niebla y soledumbre, con este hablar mordidos dientes y carbones,

por decir esta luz occisa y vertical que me acuchilla muy dentro del más dentro mío, borrándome sin compasión, porque *usted* ya no la hay, ya no la hay.

He tatuado mi lengua con huesos de sierpe y pájaros ahogados.

Y así, sanguíneo, lleno hasta el horror desde la más mortal tenebridad, le soy.

Digitada y zurcida a la dulzura, hebras de luz le resuciten para caer de nuevo en una migración de juncos y lebreles sin rumbo, sin rostro, sin muerte.

Le corazono en esta vida y las que siguen, le bebo desde siempre, porque solamente suyo, *soy*.

Con hambre y miedo y fe de usted, le dejo todas las nadas de mi ser, que son muy suyas.

IX

No sé por qué lenguo tanto y tanto con las palabras. Son también ellas mi fidelidad y mi derrota.

Lo único que me aterra es no tenerle, que se encuentre tan lejos que ni el eco de lo que no tiene nombre y que yo nombro, pueda ser suficiente para llamarla y que regrese.

Corazón mío es también su pequeño país.

He de conquistar nuevos cielos y nuevas tierras —sueño adentro— para saberla mi hermosa, la más mía.

Desde aquí le envío el calor de mis manos que seguro encontrarán su ruta entre los meandros de su piel y sus cabellos.

Beso su espalda y su frente en este aire que es el mismo y que nos ha dado tanta y tanta sed de nosotros. Le amo tanto y no soy dueño ya de este terco y ciego corazón nublado por la lluvia.

Sin más, páselo mejor que yo, porque estar sin usted me está matando.

Salmos de nieve y silencio soñados
por José Gorostiza para encontrar al ángel
de la niebla detrás de los espejos

Esa palabra que jamás asoma
a tu idioma cantado de
preguntas,
esa, desfalleciente,
que se hiela en el aire de tu voz.

JOSÉ GOROSTIZA

I

Poderosa voz que desdobra salmos y relámpagos, enmarada lengua que trena y acaricia unos hirsutos muslos, el ártico es un lienzo extendido en la memoria de los lobos —sanguíneos ángeles que aúllan— donde el hacha de la sangre tala grafías y páginas infieles.

II

Recuerdo los mapas del invierno que los fiordos trazaban en mi sueño, en los muertos jardines de mi patria y en los tristes faros herrumbrados por el hielo: ebrios gigantes de óxido y silencio.

III

Ángeles cardan páginas vírgenes y látigos de niebla. Beben la sombra lustral de los silencios que la lengua deja al recorrer el sexo en los espejos: somos letras sin descanso y sin memoria que escriben el símbolo finito de su sino en el breve libro del invierno.

IV

Pasta el invierno en los zarzales. Las agujas de la nieve tejen su mistral entre la hierba y las hebras de la noche me dictan su glacial insomnio. Ebúrneo claustro del deshielo, repule el avellano entre sus ramas las albas gemas del silencio: atraviesan los pájaros las bóvedas del ojo y su sendero.

V

Hunde sus lenguas el lobo en la tu sangre: tactan la espesa y negra
nieve que cae desde tu cuello, desde las venas que baten alas yertas
y tristísimas, desde las más lentas y yugulares llamas que vuelan
hacia el zurdo vesperal del corazón.

VI

Árboles encallan en la niebla. Cementerio de barcos agotados por las olas de la nieve y vueltos osario por un oscuro sol y el fiero hedor de sus entrañas. Árboles y trinos varados en la niebla. Árboles son barcos sin remos hundidos en el hipócrita desvelo del sol.

VII

Un témpano de hielo —iceberg negro— flota en el medio de mi pecho, allí donde lo carda el frío con su luto glacial y peregrino: remanso de ángeles que aúllan bajo lunas lobas.

VIII

Fiordo: uva de hielo tajada por la luz en la garganta. Más allá y lleno de voces, yace nevado el corazón, náufrago ya de lunas y de noche: desnudo, ahoga, escribe mirlos en el islado mapa de la sangre.

IX

Niebla: ánima o crin de pútridos caballos, pan de alabastro devorado por pájaros de hulla en el fermento del trigo y el vuelo del azor: caspa de ángeles nonatos, molido hueso de témpanos y niños cardos: caliza lágrima de cáñamo, gota de antiluz.

X

Pájaros y sórdidos augurios de lebranza migran al invierno. Bebo una estación sin sol y nieva: muerta y negra nieve —lenta— cae sobre mi yerto y oscuro corazón.

XI

Escucho la oscura armonía de la nieve en el silencio: música dormida, errante hoja donde escribe la blancura su filo entre la hierba. Eso también es el olvido: un puñado de cifras escritas con la lengua en la línea invisible del invierno.

XII

Alma adentro, cae la lengua matinal de las montañas, despéñase en los hombros y en el fondo de los hijos y los ojos, resignado a flotar nomás despunte el sol. Mantelería de astros y resurrección de cardos al deshielo cantan gargantas y pájaros de luto.

XIII

Ávidos venablos recorren la verba que vive entre mis venas: vierten allí su vino, beben su amargo láudano y sus vidrios votivos, y vagan dando voces de vértigo y silencio envenenado, vera y vítrea voz del véspero vencido.

XIV

Alacia el invierno la anudada cuerda del silencio pariendo músicas de vidrio en una sístole mortal de oro encardado y tumecido, mientras un sol de sangre —marchito petirrojo a la deriva— flota como un fiordo herido y emplumado en las páginas del aire.

XV

Caspa de luz sin sol, caspa de plata enferma, caspa de ángeles albinos, caspa de unicornios untando crines en fiordos y glaciares: caspa de iceberg unciendo ángeles de sol glacial, caspa de lacias crines de caballos sin alba que orinan luz bajo la luna: hálito y molicie de unicornios pastando escarcha en las llanuras: niebla.

XVI

Silban piedras los ahogados y los fiordos: aúllan cantos rodados,
letras líquidas que laten póstumas entre cabellos de silencio agota-
dos por el agua: cuerdas de Dios con que se tañe el tiempo.

XVII

Olor a estiércol y núbiles castaños: la heráldica glacial del horizonte
peina las crines de los ángeles y el inútil rumor del verano enciende
viejos astros en las ramas del cielo y los cerezos.

XVIII

Abandonados a la furia del sol en un verano púgil e infinito, somos ángeles de nieve, esculturas de hielo aniquiladas por el oro benigno de su albor. Más allá, los fiordos y la noche: la luz es nuestro invierno y nuestro exilio.

XIX

Constelado maná que mana áureos y árticos muñones, un tactar a tientas donde sorda cruje la nieve con cierta gelidez de muertos soles bajo cero: rigor mortis del cielo y de la niebla.

XX

Hundo la voz y enluno lenguas en esta página de yodo mordida por icebergs de cobalto. Trazo latidos de glaciación en el líquido desierto del espejo: mercurio azul como la sangre que, amputada por la muerte, deja sin rojos y sin luna el amargo lastre del invierno.

XXI

Ízase el silencio bajo el sol y sus retintas nubes en altorrelieve —nimbos desyerbados de agua y de memoria— que atraviesan del páramo las voces y los hombres, las espinas todas de los cardos espetando el viento y la mirada. Lagaña en el ojo del tiempo, astilla de cinabrio que lincha las mañanas, lo dice todo la niebla: justa lengua que enmascara el yermo.

XXII

Bruma, celaje, calina: materia de la luz domada, plata molida por ángeles ciegos, polvo lunar en el que anidan pájaros muertos: crepuscular humo del tiempo.

XXIII

Apajado el aire, varaba cróalos de niebla en el silencio que, reticente, sacudía sus goznes al hondo latigazo del silencio y de la luz.

XXIV

Vencejos vuelan ávidos de vésperas visiones: cautivo de brumas y calinas, zarpo en silencio abandonado a mi herrumbre de páginas y dólmenes de hielo. Perdido, yazgo cual pájaro ebrio de su vuelo, de sí. Por tanto, trino umbras, nieblo: allí donde vencejos vuelan ávidos de vésperas visiones.

XXV

Agua otra, la no sed. Caen sobre la noche los silbos que manan de la boca, los hombres que descifran la voz de la tiniebla. Y éste que no soy vagando por los fiordos, vacuísimo de luz y bautizado en umbras: ebrio de sanguínea, zurda luna. Trae ya la oscuridad su olor a grupa y a penumbra: tinieblas caen sobre el que apenas late: este desfallecido y roto yo.

XXVI

Crece en el corazón un avellano: sus ramas y mis ojos se hunden,
fruto a fruto, en la alta estación de la nieve, en la fiorda escritura
del frío.

XXVII

La más leve ala leva nieblas, labios: su vuelo es ruta de sol y de ceniza, honda runa de lluvia y monolítico silencio.

XXVIII

En mi jardín de luz vagan memorias y corceles hundidos en cárceles de hiedra. Laberintos de humo y verdísima hierba delimitan el reino de los ojos y hojean el libro de los trinos que acuña el sueño de los pájaros: canto dormido en antárticas materias.

XXIX

¿Las calendas, las calendas, extraño acaso las calendas? ¿Las breves
alas de vencejos y pardales que degusta el frío sobre la nieve, acaso?

XXX

Izado el corazón a media sangre, brumoso por la muerta y sola
niebla que lo encarda, latir pudiera brasas y no piedras: lobos que
abrean su ración de luz entre las llamas del deshielo y de la noche,
las yedras.

XXXI

Luz podrida y mutilada se estanca en las pupilas que fermenta el día. Hunde su vuelo el somormujo en orillas lejanas donde un sol violento repasa piras de sorgo y trigo nuevo. Luz podrida y mutilada repasa los ojos del que mira: soles negros que escancian las ruinas de la lluvia en los fértiles almiarés del verano.

XXXII

Lechosa ánfora de lienzos, gasa de luna para ciegos, ensaya la niebla sus navajas en el ojo: mortaja de la luz y del silencio.

XXXIII

Arde —mortal y fugitiva— la llama de la carne en la memoria. Y en el inmóvil imperio de la sangre manan las horas su helor inmortal, su eterna finitud. Cóncavo el aire y el silbo de los ángeles de hielo que trinan a la muerte con sílabas de niebla.

XXXIV

Espejo fragmentado en las ventanas del azar, partitura de una música tenue que desvela sus mantos de calcita, la niebla se amura en la mirada, atraca los barcos del insomnio entre los párpados y no boga ni danza, nos lleva.

XXXV

Y otra vez las maceradas alas de los ángeles, el veneno de su voz en filamentos de humo que el oro teje bajo las formas todas y pule hasta dejar mínimos hatos de polvo, invisibles rebaños de luz siniestra y crepuscular.

XXXVI

Caen del cielo trozos de niebla y zurdo frío: luz yerta y desollada sobre las bestias y los hombres. Hordas de espejos y cuchillos parten panes de sombra y agonías: témpanos de hielo y sol tactan el fiordo y sus áridas calinas.

XXXVII

Uros de luz y luto, toros de sed sola y caliza aran los campos de la niebla y los fiordos magullados por el sol: lagos de albina sangre coagulada y fría donde la luz descende a beber tragos de lluvia y aguanieve.

XXXVIII

Un muy dolor adentro y sus mordiscos escancian la noche y sus negras amapolas en los vésperos del cuerpo: fraguas de tinto escaldan la lengua y las axilas, encienden las penumbras no erectas ni mordidas por la luz.

XXXIX

Los páramos nombrados por la niebla parecen el humo de un esqueleto enllamarado y encendido por un hachón de sangre iluminado por la ira, por cierta ira que desciende al corazón del iceberg e ilumina de color arteria el horizonte.

XL

Vara el viento velas y vencejos la víspera del verbo: encarda rostros en el véspero y aljibes llenos de una miel benigna y oscura: de una oscura *vos*.

XLI

Almizcle de la sed y de la noche, abre sus altos muslos la niebla: luz difuminada que orina sobre el ojo de quien mira hacia su negro corazón que late en apurados horizontes, ciegos ya de yermos y de nieve, mordidos por el hielo en esta página glacial, suicida.

XLII

El álgebra fractal de los cristales en la nieve, su fiorda lengua y su innúmero glaciar en la memoria: somos ríos sin mínima idea de la derrota, dolor sin escritura, página mortal y helada sombra en el invierno perpetuo de la muerte.

XLIII

Es más dulce el trino de las piedras que el imbécil canto de hombres y narvales. Y más triste aún es la cantiga de la niebla que la luz muerta y desollada que carcome los pájaros que yacen verticales en este bosque plumizo y nevado donde yazgo al pie de un coro de ángeles sin lengua que cantan con terrible dulzura la música de Dios, la infinita ira del silencio.

XLIV

Neblinar es en el alma los contornos inasibles y apenas táctiles del humo que inaugura aquello que es sin cuerpo y quemado es en las hogueras del agua y el silencio; ebullición del sol en charcas donde náyades y élitros inician la agonía del aguanieve: muda escarcha, uva molida del deshielo y diezmada por dentelladas de luz. Y allí también, los domésticos rebaños del vapor: liba en el libro de la nieve mi rostro y los espejos multiplican la infame sed de sus contornos. Se deshace en laberínticas miradas prologado por la sed del que no bebe: el ojo, ya molido en bizarrías de iceberg o de fiordo, osura es de labios de lobo y de aquello *lejos* que vive entre nosotros y erramos en llamarle *niebla*.

De cómo Amado Nervo ensoñaba con ramos
de libélulas y parvadas de lenguas para vagar
por el cuerpo de su Damiana

Libélula en mis jardines [...]
esa es, en mi libro, Damiana.
[...] amor, sueños, ideal, esencia arcana,
todo eso, todo eso, todo eso,
tiene un nombre en estas páginas: ¡Damiana!

AMADO NERVO

I

¿Aletea aún Damiana —mi libélula— entre calles sedientas de san-
gre y hombres sin sombras ni nombre, buscando un pan de luz
para sus muertos, un gajo de hielo para las fiebres del alma y el
dolor ajeno?

II

La mañana tasajeada por los bardos ojos del amor que ya no muere, que desciende hasta la costilla intacta de todos los adanes y crepita su tierna oscuridad en ella rota, porque el corazón de Damiana descansa sobre una manzana tierna, sobre un costal de fruta seca y golondrinas.

III

No dejo de tañir la imago de sus ojos, plañidera mañana que dibuja
madroños en ijares de aguasol y lunaniña: uña de azur luz trotando
azules yeguas de sangre alabastrina.

IV

Caen del cielo trozos de niebla y zurdo frío. Y no recuerdo más que el abalorio de lunas de su cuello, sin contar el diván de pájaros y muérdagos que trina oro en sus pupilas.

V

A punta de viaje y de saudade por Damiana: son tales las tristezas por ella que al mi cardio no le queda más que trinitiritar hartas y avísimas cuitas por sus ojos.

VI

¿Ha visto hoy cómo la sangre desatada de su rostro revienta en puños de violenta carne en la violeta flor de las jacarandas? Sí: Damiana se desvive en zurdos latires y ensoñares por tactar desde la gota de su cardio un rojo dátil que madura luz en la su boca, miel encinta de sol y golondrinas.

VII

Cae el día sobre los puentes con su plato de calandrias y cenzontles en el cielo, y otra vez las horas cantan con memoria de azucenas. (Constelaciones de ángeles le siguen.) Damiana va con una orquídea en el plexo, con una flauta dulce tañéndole los labios: margaritas de su alcoba para la lengua de los débiles y locos.

VIII

Cielos pensamientos de melancolía por mi libélula: azulado, entenebrado corazón, estoy.

IX

El sexo ácido de su lengua repasa mi sueño como un ala de fuego,
como una espina que hiere la carne ya quemada en mar y en holo-
caustos de hielo.

X

Aquí en la más lúcida lembranza por Damiana, porque al mal tiempo darle la mejor pitanza: hogazas de luz y de silencio.

XI

Ojalá soñase con trigales y páramos incendiados por una parvada de libélulas y ella bailando en el medio, quemándose entre espigas de oro. Ojalá soñase sus maduros ojos y pudiera morder la tibia gota de su boca.

XII

No en vos, sino por solísima alma mía las crudas cuitas: habito días y noches sin usted, tactando un más silencio apenas, allí donde sus ojos labran albas y amargas sombras sin fronteras: he aquí mi corazón sobre sus manos en hondos cántaros de sed.

XIII

Luego la orilla inmarcesible de su innumerable cuerpo, el arco infinito de su cerviz en la boca del espanto, el mármol herido de su ombligo en el ojo de marismas y el árbol de gorriones a la vera misma de su espalda, y la sombra de sus pechos donde habito, y la línea daga de su grupa que no muere.

XIV

Entonces hago el amor al viento alondro, abandono el placer a su húmeda invisibilidad, a sus legiones de polen. (Desde luego que Damiana y yo copulamos en el aire.)

XV

Momento es de los vueltos ojos hacia largos labios de asfalto, allí donde negra y peregrina lengua suya trasmina las yerbas y los luengos párpados, ocres de la tacta y tanta vos.

XVI

¿Por qué entristece hondo y sin lunitas si mi libélula galopa negras
lenguas en mis azules venas?

XVII

Damiana: tu corazón en flor de sangre y sus pétalos de breve llama.
Lame la luz las doradas palomas de tu cuello y el bronce fulgor de
tus guedejas quema la miel del horizonte: tu boca en flor de sangre
y la breve llama de tus labios.

XVIII

De ella este lacio corazón desmenuzado y sus adentros fríos, apagados ya de tanta ausencia, agotados ya cual arrabal de lutos y peleas.

XIX

¡Oh, paridora de libélulas! Sin tu música vulvar me vuelvo ciego,
y te vengo a rebuscar sobre tu rastro de mar, sobre tu ható de mon-
tañas, sobre tu valvar sierpe: allí donde yo migro hacia el eterno
territorio de la sed.

XX

Pulido el ojo resbala en tus areolas, zurdas flores por demás simétricas —de altísimo deseo lactantes—: otean y vuelan sobre el cielo raso de tus pechos, Damiana, las ebrias navegantes de mis manos.

XXI

La amarilla gratitud del sol que primavera el laberíntico y mudo corazón, Damiana: desde aquí un muñón de jacarandas y libélunas de azafrán para tu voz.

XXII

Damiana: llevo los bolsillos repletos de vértebras de pájaro. Ligeros saltos doy. Alimento a las hormigas que anuncian mi camino de levógiro plumar, mi corazón pajarecido: siniestra víscera volátil. Digo a la esperanza con alas de libélula bajo mi almohada: que retoñe el vuelo, que la muerte se vista con mis alas; que retoñe el sueño, que la muerte se muera con mis llagas.

XXIII

Cultivo unas terribles ganas de abrazarme a usted y diluviar toda la sangre que me queda, pálida y muerta sangre si sus labios no la quemaran.

XXIV

Damiana tiene la prisa del árbol por incendiar de hojas y oros el crepúsculo. Más allá del bosque, una nube de tordos y libélulas arrastra las lenguas de la noche: calla el día.

XXV

Huérfano de sus ojos, caigo entre mares de luz entenebrada,
entre cardos que muerden el silencio de piedras tristes y muertas
campanas.

XXVI

El solo va sombrío, a pesar de luna prístina —ojo mordido por la niebla— en el cielo: yazgo vacío de las sus manos: aquí ya sólo impuros y pálidos muñones, mutiladas ya la lengua y el alma en las más hondas y azules penas.

XXVII

¿Muda está la mía sombrita de mi alma, la llamita fuega de mi corazón? Damiana: única luz que es nuda ave y ala diestra en la más mortal de las tinieblas.

XXVIII

Me hubiese gustado ver su cuerpo de fuego y medio, su hembra fogata que al día libélulas de mar ahogue en su canción de soles, su grupa donde tres bellos laúdes laman su prisión de carnes, su desnudez de fuego y medio que a mis ojos queme en la más alta soledad.

XXIX

Luz de luna cercenada y plañidera se agosta en mi pecho, sitio en que el rumor de una libélula —lengua suya— silba núbiles frutos donde más florecen astros: allí, su beso último.

XXX

Así me era la hermosísima y libelular: hasta mi seca y muerta yugular la zurda sangre y su lunar saliva, atizando laberínticas llamas de ópalo y aquella música tañida por árboles errantes en mi pecho, volutas de sol para el que muerde su tórrida miseria. Eso escribió la libélula en mis adentros, en mis ubicuos astros. No la veré mañana, pero desde estas páginas de niebla le seré.

(Posdata para Damiana)

Mordedumbre de su boca en la mi sombra, hora ágrafa que bebe sólo pájaros de luz:

Ágrafo mi corazón sin su escritura, alar y nubescence; páginas le faltan a mi voz que ya no dobla por senderos otros que no sean de malinconia, o de saudades, ni símbolos tejidos por sus labios —escribanos en mi sangre— signan ya las líneas que marcan la mi hora en este sitio alumbrado por despájaros que verban la premuerte. Asido a sitios ermitaños, a piedras nómadas y a mordedumbres de sombra y vaga luz, yerro, inquieto, lóbrego entre líquidos zarzales de su más lejano ardor; sabor a hierro y acrimonia, a lejía de líticas entrañas, y acéfala es mi sed porque le lengua desde el vientre hasta los huesos, tordos míos que medulan por sus manos, manías de vos y de su voz, aquella vencejada y alondrante que mora entre sus pechos: altísimas piedras de luz que escapan a la noche. Lienzos teñidos en sangre nuestra bautizan el tiempo, que es ninguno porque ubicuos no nos hemos, ni caemos desde nos para escapar de los otros, niños ya de nuestro más dolor

y soledad, quizá más solos y abandonados que los nos. ¿Qué si sólo nos queda ya trinarnos y latirnos como un atravesado y necio corazón las todas estaciones? Así los llantos, cercanos, husmeando un territorio y un cielo al que todos niegan sol enemigo. ¿He de vivir ciego, deseándola toda entre mis párpados, jugando a no vencer sino al dolor por su perpetua partida? Qué terrible es la lemnbranza por almita mía, salida desta jaula que lucha por volar hacia unas alas que cantan y tristan desde vos por vientos y tinieblas que la llevan hacia sí, ruta y tráfago donde mi yo se pierde, porque es suyo, es decir ¿somos *uno*, y *nos*? Heme hasta el silbo hendido por su todo, lúcido, eterno, y mortal; le vivo apenas, desde más antes de mí, porque la vida es antes de vos y de nosotros, de los solos, los que a penas piedras y pájaros respiran, los que congregan y profanan labios al clarear el alma y los ojos, bendecidos por la lluvia que abreva y lengua en muda linfa; así de solos, digo, esperando sólo a nos, y desdigo *la extrañeza de un cielo que no es el tuyo*, porque espero su llegada, libélula mía que bate extrañas gráficas en este cardio y esta noche que inician su partida y desmemoria bajo un cielo que no lluvia.

Índice

- 9 Nota del autor
- 13 Octavio Paz silba silencio sobre una página
en blanco mientras la música de nueve
floripondios alumbra su jardín en Coyoacán
- 23 José Emilio Pacheco deambula por las calles de
la antigua Tenochtitlán hasta encontrarse con
una manada de jacarandas, el fantasma de Juan
Rulfo y un ramo de leones en el metro Etiopía
- 29 Epístolas de mal amor y prosas de arena de
Gilberto Owen para tañer el mudo corazón
de Clementina Otero, su infanta de acíbar
- 47 Salmos de nieve y silencio soñados por José
Gorostiza para encontrar al ángel de la niebla
detrás de los espejos

91 De cómo Amado Nervo ensoñaba con ramos
de libélulas y parvadas de lenguas para vagar
por el cuerpo de su Damiana



Colibríje, de Balam

Rodrigo, se terminó de editar en diciembre de 2017. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la fundidora PampaType.
Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación y portada: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Delfina Careaga y el autor.
Editor responsable: Félix Suárez.



